

Diseñando el Tocador

Denise Scott Brown

ETSAB — 04/25

breus

breves



Los arquitectos, como los dentistas, los médicos y, hasta cierto punto, los abogados, mecánicos y reparadores de televisores, dependen a menudo de sus colegas para los mismos servicios que normalmente prestan a otros. Los arquitectos compartimos con el público la experiencia de vivir, trabajar, resguardarnos y, en ocasiones, sufrir en las obras de otros arquitectos. Esto nos proporciona un *feedback* integral de experiencias sobre las cuales basar nuestro propio diseño. Además, podemos contar con la opinión del público general. Por ejemplo, escuché de un arquitecto italiano que, durante una inspección de un proyecto suyo de viviendas que recientemente se había finalizado, en las escaleras se encontró con una mujer que llevaba una gran cesta de ropa mojada al tejado, donde había colocado los tendederos. “¿Es usted el arquitecto?” le preguntó amenazante. “No”, mintió, y huyó.



Sin embargo, hay algunas áreas en las que, debido a la naturaleza de nuestra sociedad, la experiencia personal, y la general, resultan imposibles para el arquitecto masculino. Una de esas áreas es el tocador (*powder room*) para señoras. Me ha rondado este tema por la cabeza durante mucho tiempo. Después de haber utilizado este tipo de instalaciones en edificios

de oficinas, teatros, edificios académicos y autoservicios de todo el país, me he convencido de que la falta de experiencia personal y de compromiso del arquitecto en lo que está proyectando constituye un verdadero problema, y más aún cuando se ignora este hecho. Me encuentro en una posición peculiar, como arquitecta, urbanista y mujer, para poder ayudar a mis colegas que buscan información práctica sobre el diseño de tocadores para señoras que no se encuentran en los Criterios Gráficos.

Algunas cuestiones preliminares. En primer lugar, se trata de un tema delicado. El segundo día de mi primera experiencia en un despacho, durante las vacaciones de verano entre el instituto y la universidad, mi director (era una oficina pequeña) empezó a inciarme en los misterios de las instalaciones sanitarias. Tenía un viejo libro con ilustraciones grabadas de varios inodoros (que él llamaba "*lavvies*") de un tipo que yo no había visto nunca, con decoraciones florales por dentro y por fuera. Tuve entonces la impresión de que los arquitectos son un grupo desinhibido, pero extrañamente anticuado. Sin embargo, me esforzaré aquí por combinar la delicadeza de una dama con la franqueza de un funcionalista convencido e irreductible de los años 30. Para ello tendré como modelo a un elegante y honrado antecesor, que, escribiendo para una época diferente sobre otro aspecto del mismo tema, logró combinar el refinamiento de un caballero con la claridad, la visión y el sentido de la responsabilidad que se esperan de un profesional del más alto calibre.

En segundo lugar, no hablaré de estética. Ni siquiera mencionaré la belleza que desperdiciaban el Ayuntamiento de Filadelfia o el maltrecho

edificio de oficinas Furness, que se podían ver desde los aseos de la tienda Wanamaker de Burnham; ni la vista de Nueva York desde los aseos de las oficinas de la Regional Plan Association en el edificio del Herald Tribune. Estamos hablando de cuestiones más serias.

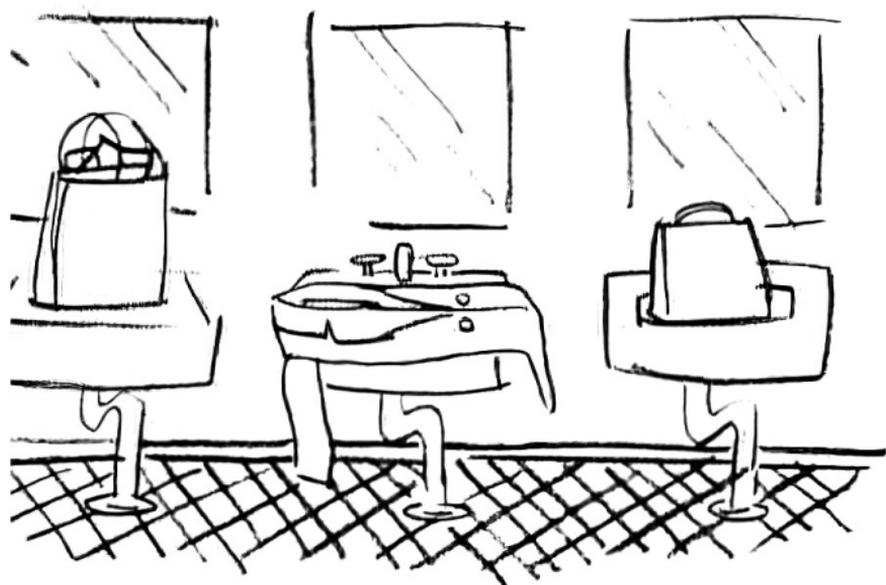


Tampoco nos preocupa aquí la diferencia de patrones culturales: de los ingleses, por ejemplo, cuyas separaciones entre inodoros son unos 45 cm más altas y 30 cm más bajas que las de Estados Unidos, lo que deja a la visitante inglesa con una extraña sensación de vulnerabilidad encerrada. O los italianos, con instalaciones integradas (masculinas y femeninas). O el escandinavo, a veces sin puertas. O la absurda ridiculez de las leyes del *apartheid* sudafricano que exigen, en un edificio público, instalaciones separadas para hombres y mujeres de cada grupo racial. Ni la extraña costumbre americana de no poner ni letrero ni cerradura, con lo que se ven obligadas las mujeres americanas, antes de entrar en un cubículo de baño, a empujar la puerta o mirar por debajo.

Se trata ante todo de un problema de logística y almacenamiento. La cuestión principal: ¿qué

hacer con el abrigo? Y seguidamente el bolso y/o los guantes, la pila de libros y la bolsa de la compra, y en ocasiones el sombrero y el paraguas. Todo el conjunto se ve agravado por el hecho de que cada una de las operaciones realizadas en el tocador requiere de una interacción distinta con los enseres de una mujer, ello implica, por tanto, un problema de almacenamiento distinto.

No tengo nada en contra de las comodidades de la cabina de baño corriente. Esos pequeños estantes abatible son adecuados para todo excepto para los paquetes más ligeros (o para el AIA JOURNAL, aunque si te lo llevas, probablemente lo estarás leyendo de todos modos), a su vez, cumplen otra función añadida, la de atrancar la puerta después de soltar el pestillo. Y los ganchos también son adecuados. Pero, ¿por qué creen los arquitectos que ése es el único lugar del tocador donde necesitamos colgar el abrigo y guardar nuestras pertenencias? ¿Qué debemos hacer con el abrigo cuando nos lavamos y recogemos? ¿Volvérselo a poner? Un análisis elemental demostraría que debería haber al menos tantos percheros fuera de las cabinas de baño como dentro, y probablen-



te más. Sugiero que en donde haya escasez de espacio o un problema de circulación, la parte externa de las puertas de los baños pueden

ir muy bien. El almacenamiento del resto de pertenencias presenta un problema aún más difícil. Algunos no se pueden colgar de un gancho, otros son muy valiosos y otros los necesitas contigo. No puedes equilibrarlos en el borde del lavabo; es demasiado estrecho, e incluso donde hay lavabos empotrados, el espacio alrededor suele ser demasiado pequeño y a menudo está mojado. Los paraguas son aún peores. Una señora con un paraguas sobresaliendo en ángulo recto mientras se inclina para lavarse es una amenaza. El problema se solucionaría con dos estantes, uno encima y otro debajo del lavamanos; y con un gancho colgado debajo del estante superior en la “*intersinkniation*” (separación entre lavabos). Es esencial que el paraguas permanezca a la vista durante todas las maniobras dentro del baño, no sea cosa que algún alma despistada confunda tu Bonwit de 12 \$, con punta de acero inoxidable y mango de malacca, con su Woolworth de 2 \$.

Ahora nos centramos en el espejo. Esto implica un movimiento, aunque los patrones de evacuación posteriores (incluida la recogida del abrigo de la parte trasera de la puerta del baño u otro lugar más adecuado) requieran de varios pasos adicionales y algunos cruces en la circulación. No obstante, las mujeres no deben impedir que otras se laven las manos mientras ellas ocupan el baño para empolvase la nariz; empolvase en un inodor es antiestético.

Llegados a este punto, el estuche de maquillaje, es decir, el bolso, debe estar delante de nosotras, en un estante de no menos de 30 cm de ancho. (¿Quiénes son los sádicos que proporcionan una repisa estándar para el espejo del tocador de señoras de 10 cm de ancho?). Y para que las pertenencias de una señora no se dispersen

por la estantería, obstruyendo la vista de las demás mujeres, debe haber una segunda más baja para la pila de libros (probablemente, en este punto la bolsa de la compra ya se haya dejado en el suelo) y debajo de ella, una hilera de ganchos para mayor seguridad. Ya que hablamos de espejos, éste debería ser largo y en horizontal, preferiblemente diseñado mediante alguna entidad matemática aún por determinar empíricamente según el número total de lavamanos previstos. (Los arquitectos tendremos que aprender a utilizar las nuevas herramientas y acabar con las conjeturas intuitivas). Esto debería garantizar matemáticamente que un número suficiente de mujeres puedan verse reflejadas del mismo modo; pero, por si acaso el ordenador se equivocara, debería preverse una ligera rampa ascendente, como las de un teatro, para que las señoras altas puedan verse por encima de las cabezas de las más bajas.

Entonces se necesita un segundo espejo, vertical, cerca de la salida, pero con espacio suficiente para una visión a media distancia. Es una crueldad pretender que una mujer salga del tocador sin poderse ver de cuerpo entero con cierta holgura. (Dicho de paso, los arquitectos que instalan espejos en los ascensores hacen un favor a las inquietas señoras —y caballeros— que van a una entrevista).

Abordada la problemática del almacenamiento, ya se percibe que es muy fácil agravar, aún más si cabe, el complejo problema de la circulación, aunque se trate adecuadamente. No obstante la circulación es un problema de arquitectos. Estoy seguro de que el profesional puede resolverla sin que yo le aconseje.

¿Qué pasa con los distintos tipos de instalaciones? Pienso que se puede aplicar una regla general (incluso en el caso de los hombres). El baño no es el momento ni el lugar para empezar a explorar. En este terreno, todos somos hijos de la tradición, y nos sentimos más felices con lo que conocemos. Recuerdo una experiencia que tuve en una institución pública perdida por algún rincón del país, cuya única característica que permanece en mi memoria es la extraordinaria disposición de su lavabo. En el centro del cuarto, a la altura de la cintura, había una pila circular de 1 m de diámetro, con una fuente de agua clara en el centro y sin ningún dispositivo visible para activarla. Escudriñando finalmente encontré un pedal que, al presionarlo, activaba un conjunto de chorros de agua. Por ninguno de los surtidores perimetrales salía suficiente agua para limpiarse las manos. ¿Me pregunté si en efecto, se debían dar vueltas alrededor de la pila para recabar suficiente agua? En mi mente comenzaron a crearse visiones de un rito místico, una combinación entre los corrillos alrededor del *Maypole* (árbol de mayo) y la danza de espadas escocesa, en donde las mujeres combinaban alternativamente el lavado de las manos con los saltos sobre el pedal y otros bultos varios.

¿Me pregunto si dispondrán de una instalación similar en los baños para caballeros? ¿O habrán previsto algo más adecuado desde el punto de vista ceremonial, como un abrevadero o un pozo?

Luego, los secadores. Nuevamente, no se pueden enseñar argucias nuevas a un perro viejo. No hay forma de que una dama se seque la cara con uno de esos secadores de aire caliente sin que el agua le resbale por el cuello. Además, frotarse las manos rápidamente durante varios minutos es

aburrido. Y si el secador se estropea y al mismo tiempo se ha anulado el suministro de toallas, ahí estamos... No dejen que nadie les diga que previenen la descamación. No lo hacen. No. La toalla de papel tradicional es lo mejor. Sin embargo, una función que el secador de aire caliente puede cumplir muy bien es calentar las botas durante el invierno.

He aquí un asunto más peliagudo. Existe un artilugio (ideado, sin duda, por un científico lunático) llamado *female urinal*. Me he rebanado los sesos pensando en este artilugio y no encuentro ninguna ventaja en él. Ni siquiera se me ocurre cómo podría utilizarlo una mujer, y mucho menos con la rapidez y comodidad que su homónimo masculino ofrece a la otra mitad de la población.

Estas son, por supuesto, mis opiniones personales, pero mediante un pequeño experimento empírico —es decir, a través de las expresiones de sorpresa y asombro, y los intentos de otros usuarios del tocador por acomodarse en otros modelos alternativos— les aseguro que estos objetos incomprensible son vistos con recelo por la mayoría de las mujeres (especialmente



las menores de 6 años y mayores de 30) y creo que puedo garantizar que cuando hay otra opción, estas cabinas son las menos utilizadas del lugar. El *female urinal* (y aquí hablo con conocimiento de causa) es algo menos cómodo que el orinal asiático.

Luego está la cuestión de las duchas. En Italia, ofrecen duchas de agua caliente en los baños de las gasolineras. Esto potencia la venta de gasolina para los turistas. En todas las escuelas de arquitectura, debería de haber una ducha caliente en los baños para mujeres, porque ¿cómo se concibe que una chica tenga que estar toda la noche en vilo durante tres días y ni siquiera pueda darse una ducha? Y esto es lo que demandamos. En su defecto, como mínimo indispensable, por lo menos, deberíamos incluir un cubículo más amplio que contenga un inodoro y un lavabo con agua caliente y fría. Esta debería ser la distribución estándar en todos los baños para mujeres y niños.

Hasta aquí las mejoras específicas para el tocador. Sin embargo, algo me reconcome por dentro, la incómoda sensación de que tal vez este no sea un problema del que se puedan ocupar los arquitectos en absoluto. Se limitan a proporcionar una cierta cantidad de espacio basado en una fórmula general según el número de personas o los metros cuadrados que restan, más o menos de la siguiente manera:

$$X = \int \int_{t'}^{y'} ij \quad m(n-1) \quad z.$$

En donde x es el área total del toallero, y z el primer número se te venga a la cabeza.

O quizá, en otras palabras, “ellos” (quienesquiera que sean, tal vez el SMERSH) lo suministran todo ya hecho. Si es así, arquitectos, ¿dónde está vuestro orgullo? Sólo si os implicáis a fondo en los procesos de fabricación técnico-industrial del siglo XX, podréis conseguir que “ellos” sigan respondiendo a las necesidades humanas de los seres humanos (en este caso, las mujeres). Los tocadores son para las personas.

Hay otros problemas, quizás de mayor interés para los arquitectos, que pueden ser tratados por encima. El primero de estos es el problema de la ubicación: ¿Cómo encontrar el tocador? Los arquitectos deben recordar que este es un problema en particular para cualquier señora, ya que ella no debería preguntar estas cosas. (Sin embargo, la solución no es hacerlo muy obvio para que no haya pérdida, incluso cuando no se presta atención. Porque en ese caso, una verdadera señora nunca los usará.) Siento que en este juego de “buscar los baños”, una dama con formación profesional en arquitectura y planificación urbana tiene una clara ventaja con respecto de otras mujeres. Porque existen ciertas leyes, que, consciente o inconscientemente, los diseñadores siguen. Estas son:

1. *Funcionalismo* – Entonces, es probable que se encuentre cerca del aseo de caballeros, detrás de los ascensores. (Pero si se trata de una casa del *International Style*, seguramente se trate de esa cosa en forma de quilla de barco situado cerca de la ventana corrida con vistas al patio).

2. *Simetría* – si el de hombres está situado a 100 m por el pasillo hasta la tercera puerta a la derecha, entonces el de mujeres está a 100 m, todo recto por el pasillo hasta llegar a la tercera

puerta a la izquierda. O, en otro caso, si el de hombres está en el segundo, cuarto, sexto y octavo descansillo de la escalera de evacuación, entonces el de mujeres está en el tercero, quinto, séptimo y noveno. No lo intentes en el primer piso. No habrá. De hecho, implícitamente, no te fíes mucho de esta norma, ya que algunas ideas masculinas se basan en extrañas e indescifrables leyes de simetría como, por ejemplo, un baño de señoras por cada tres baños de caballeros y un tercio del siguiente hasta la cuarta planta, y a partir de ahí, uno cada cuatro plantas. En este caso, sí que está permitido hacer preguntas, ya que para descifrar el patrón tendríamos que movernos por demasiados sitios.

3. *Simbolismo y apropiación afectiva* – Los tocadores suelen encontrarse en lugares que parecen reticentes y privados, como recovecos bajo la escalera, detrás del almacén para la leña o, en Italia, de manera bastante informal, en pequeñas callejuelas. Esto también puede ser engañoso. Si un edificio no ofrece ninguna instalación pública pero usted está seguro de que debe haber una para el personal en alguna parte, busque en un espacio público grande una pequeña puerta sin nombre, que pueda cerrarse con llave desde el exterior y que parezca un armario de la limpieza. Ahí se encuentra el tocador, aunque estará cerrado.

Estoy a favor de que los arquitectos utilicen al máximo este tipo de recursos comunicativos, en lugar de sustituirlos por carteles. Es mucho más sutil. Pero, por desgracia, no bastan por sí solos. Por ejemplo, incluso algoritmos tan sencillos como los que hemos esbozado no suelen quedar retenidos en las mentes de ciertas personas, en especial de cualquier académico

ocupado en otros pensamientos. Por lo tanto, es inevitable que al final se produzcan situaciones tan confusas como, “qué casualidad encontrarle aquí profesor Abernathy,” por ejemplo. De ahí que sea necesaria una gran difusión de la metodología para ubicar el tocador.

Carteles sencillos como “Mujeres” y “Hombres” son los más adecuados. “Damas” y “Caballeros” denota demasiados “buenos modales”. Y también lo es “Tocador”, además de inexacto, ya que describe únicamente una de las maniobras necesarias dentro de toda la secuencia de acciones. Intentad evitar lo cursi. Un amigo mío latinoamericano se encontró una vez, en el interior de un pub náutico en Londres, con los letreros “gaviotas” y “boyas”. Después de un momento de desconcierto, entró decididamente en “gaviotas”. Para superar la barrera del idioma, esas pequeñas siluetas de aristócratas del siglo XVIII que normalmente están colgadas en las puertas de algunas hamburgueserías de moda son inofensivas, y son más útiles ocurriera algún problema de comunicación.



En Europa se han visto obligados a poner solución a este problema tan significativo. No es necesario aprender 15 idiomas distintos para preguntar por el tocador, ya que la mayoría de las naciones utilizan, además de sus propias señales, las siglas “WC” o el símbolo “00”. Sin embargo, he oído hablar de un nuevo e interesante intento de *lingua franca* más sencilla para los baños, obviamente contemporáneo de los intentos de internacionalización y normalización de las señales de tráfico europeas. Consistía en una señal combinada, un triángulo dentro de un círculo, para indicar, de forma genérica, “tocador”. Luego, en el interior del tocador, la señal se separa para hombres y mujeres. Muy ingenioso. Justo lo que se necesita, pensé. Un lenguaje sencillo de formas básicas, capaz de ser compartido por todos, sin importar la lengua. Entonces me puse de nuevo a pensar. Y aquí os dejo con el enigma: cuando esos signos se separan, ¿cuál es cuál?

© Del texto y las ilustraciones , *AIA Journal*, "CITIES, What's the Matter?,"
Washington DC, abril 1967, pág. 81-83

© De la edición, ETSAB

Número 41

ETSAB breus — breves és una
col·lecció de lectures editada per:

ETSAB Escola Tècnica
Superior d'Arquitectura
de Barcelona